



OPINIÓN



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

Gutiérrez Luna y Sergio Mayer: imágenes de la insensatez

Hay momentos en la vida pública que, sin anunciar tragedias, exponen con nitidez el deterioro ético de las instituciones.

No son los grandes escándalos los que mejor revelan la descomposición del poder, sino las escenas menores, aquellas en que la frivolidad sustituye al deber y la representación pública se convierte en espectáculo.

El homenaje a La Sonora Santanera realizado el 21 de octubre de 2025 en el Palacio Legislativo de San Lázaro, encabezado por los diputados Sergio Gutiérrez Luna y Sergio Mayer, pertenece a esa categoría: la del poder que baila mientras el país se desmorona.

No fue la música lo que ofendió. Fue el contexto: el gesto festivo en medio de la tragedia, la imagen de los legisladores convertidos en animadores mientras Veracruz sufría una de sus peores inundaciones.

La política, reducida a entretenimiento, mostró su rostro más banal.

Gutiérrez Luna, con la suficiencia de quien confunde el cargo con el mérito, justificó el acto diciendo: "No fue una fiesta, fue un evento cultural". Mayer, con su ligereza habitual, respondió: "La vida sigue". En ambas frases se condensa la distancia entre la clase política y la sociedad a la que dicen servir.

Sergio Gutiérrez Luna —nacido en Minatitlán, tierra de contradicciones y promesas incumplidas— representa al político que asciende a fuerza de oportunismo mediático.

Su carrera, más marcada por la exposición que por las ideas, ilustra la sustitución del compromiso por la visibilidad.

Su oratoria vacía y su apetito de reflectores son el eco de una clase dirigente que ha perdido el sentido de lo público.

No hay en él pensamiento, sino cálculo; no hay convicción, sino deseo de permanencia.

Sergio Mayer pertenece a otro registro, aunque no menos sintomático.

Su paso de los escenarios al Congreso fue un cambio de decorado, no de propósito.

Cantante de Garibaldi, actor de telenovelas y antiguo stripper, encarna la parodia de una política absorbida por la lógica del espectáculo. No representa al ciudadano, sino al público.

Lo suyo no es la deliberación, sino la puesta en escena. En él, la política se ha

vuelto continuación del "show business" por otros medios.

El episodio no es menor porque revela una complicidad más profunda.

Rafael Barajas, "El Fisgón", defendió públicamente a Mayer en julio de 2024, afirmando que criticarlo o exigir su salida era "una estupidez del tamaño de una catedral", ya que, según su razonamiento, Mayer podría alinearse con la oposición.

La frase marca un punto crítico: la ética se subordina al cálculo político, y la mediocridad se ampara en la estrategia.

Cuando la fidelidad partidaria reemplaza al juicio moral, la decadencia deja de ser un accidente para volverse doctrina.

La escena de San Lázaro —diputados bailando "Perfume de Gardenias" mientras los ríos desbordaban en Veracruz— condensa, como alegoría, la confusión entre cultura y espectáculo.

El Congreso, antaño símbolo de deliberación republicana, se transformó en foro de variedades.

No hay humor ni inocencia: hay desdén.

El Estado se disfraza de espectáculo porque ha perdido la capacidad de representarse de otra manera.

Lo que antes era debate se volvió transmisión en vivo; lo que antes era símbolo de soberanía se redujo a escenografía.

Gutiérrez Luna y Mayer son las metáforas visibles de un proceso más profundo: la conversión del poder en simulacro.

Ambos encarnan una época en la que

la visibilidad sustituye a la acción y la retórica a la responsabilidad.

En ellos se cifra la disolución de la política como ejercicio de razón pública, reemplazada por la lógica del aplauso.

Como señalaba el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, "la ética política exige que la acción pública trascienda la apariencia y responda al bien común"; en este caso, la apariencia prevaleció, y la sociedad quedó relegada al olvido.

Mientras en San Lázaro se celebraba la ilusión de alegría, los damnificados de Veracruz seguían buscando refugio.

Esa simultaneidad —la fiesta y el desastre— condensa el drama nacional.

No es una anécdota, sino una metáfora del país: el Estado convertido en espectáculo, el deber transformado en coreografía.

Así se degrada una república: no por la violencia externa, sino por la frivolidad interna que sustituye el pensamiento por la apariencia y la ética por el aplauso.

Gutiérrez Luna, con la suficiencia de quien confunde el cargo con el mérito, justificó el acto diciendo: "No fue una fiesta, fue un evento cultural". Mayer, con su ligereza habitual, respondió: "La vida sigue". En ambas frases se condensa la distancia entre la clase política y la sociedad a la que dicen servir

PERIÓDICO

PÁGINA

FECHA

SECCIÓN

 INDEPENDIENTE

3

27/10/2025

OPINIÓN



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXVI LEGISLATURA
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL



Foto: IG @sergiogutierrezluna